

«Una magnífica narración sobre cómo el ISIS ha llegado a existir.»

*The Economist*

# EL APOCALIPSIS DEL ISIS



WILLIAM McCANTS

LA HISTORIA, LA ESTRATEGIA Y LOS OBJETIVOS DEL ESTADO ISLÁMICO



# **El apocalipsis del ISIS**

La historia, la estrategia  
y los objetivos del Estado Islámico

**WILLIAM McCANTS**

Traducido por Jorge Paredes



EDICIONES DEUSTO

Título original: *The Isis Apocalypse*

Publicado por St. Martin's Press, LLC juntamente con International Editors'Co. Editores, 2015

© 2015 William McCants

© de la traducción Jorge Paredes, 2016

© Centro Libros PAFP, S.L.U., 2016

Deusto es un sello editorial de Centro Libros PAFP, S. L. U.

Grupo Planeta

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-234-2562-4

Depósito legal: B. 15.039-2016

Primera edición: septiembre de 2016

Preimpresión: gama sl

Impreso por Artes Gráficas Huertas, S.A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Índice

---

Transliteración.....	11
Introducción.....	13
1. Izar la bandera negra.....	17
2. El Mahdi y la mala administración.....	45
3. Abanderados.....	63
4. Resurrección y tribulación.....	91
5. Apocalipsis sectario.....	121
6. El califato renacido.....	143
Conclusión.....	169
Apéndices: Profecías suníes del fin de los tiempos.....	185
Apéndice 1: Los últimos días.....	187
Apéndice 2: El grupo victorioso.....	199
Apéndice 3: El Mahdi viene precedido por un Estado Islámico.....	203
Apéndice 4: Doce califas.....	205
Agradecimientos.....	209
Notas.....	213

## Izar la bandera negra

Una apacible mañana de agosto de 2014, un transeúnte vio una bandera negra ondeando fuera de un deteriorado dúplex en la zona residencial de Nueva Jersey. No pudo entender la grafía árabe en blanco y negro, pero reconoció el diseño que había visto en las noticias. Durante todo el verano, las televisiones y las pantallas de ordenador habían estado repletas de información acerca de actos horribles perpetrados por un grupo renegado de al-Qaeda en Siria e Irak, acompañada de imágenes ominosas de yihadistas enmascarados ondeando la bandera. Desde Marruecos a Mindanao, los yihadistas luchaban bajo aquel estandarte para materializar su oscura visión del gobierno de Dios en la tierra. Alarmado, el transeúnte envió una foto de la casa y su bandera a su amigo Marc Leibowitz, un antiguo paracaidista israelí que trabajaba como gestor de inversiones en Nueva Jersey, el cual tuiteó enseguida la foto con el texto: «¡Miedo!». La posibilidad de que un yihadista exhibiese orgulloso sus colores en Estados Unidos garantizó que el tuit se convirtiese en viral. Leibowitz también informó al Departamento de Seguridad Nacional de su país.<sup>1</sup>

Cuando llegó la policía, el propietario de la bandera, Mark Dunaway, no tenía ni idea de que alguien hubiera publicado una foto de ella en Twitter. Dunaway se había convertido al islam hacía una década, explicó, y había izado la bandera para señalar las vacaciones musulmanas. «Todos los musulmanes usan esa bandera negra —dijo—. Puedes encontrarla en todas las mez-

quitas del mundo. Soy ciudadano estadounidense y amo a mi país, pero también soy musulmán y utilizo esa bandera para decir que soy musulmán.» A pesar de todo, Dunaway se dio cuenta de por qué la gente se sentía preocupada y retiró la bandera. «Ahora entiendo que la gente pone la CNN y ve la bandera asociada a la yihad, pero ésa no es en absoluto la intención de la bandera. “Solo hay un Dios, Alá, y Mahoma es su profeta” no pretende ser un símbolo de odio. El islam tiene que ver con la unidad y la paz. Yo no formo parte de ningún grupo de ese tipo y no soy antiamericano. Amo a mi país, pero soy musulmán.»<sup>2</sup>

Sin duda, Dunaway creía sinceramente que al izar la bandera no estaba apoyando a ningún grupo terrorista, tal como quedó atestiguado por el desinterés de la policía en el caso y por los testimonios de sus vecinos. Dunaway, como muchos musulmanes e incluso como muchos expertos en Oriente Próximo, no sabía que la bandera había sido diseñada por una filial de al-Qaeda, el EI, tras su proclamación en 2006. Desde luego, no estaba «en todas las mezquitas del mundo», como pensaba Dunaway. Tanto él como otros estaban confundidos porque el EI había utilizado el terror y Twitter para anunciar su marca, y la tradición islámica para oscurecer su significado.

Antes de que el EI se autoproclamase el califato renacido ese verano, se había mostrado ambiguo acerca del significado de la bandera y la causa que representaba. ¿Era la bandera de *un* Estado islámico o la bandera *del* EI, el califato que en su día había gobernado el territorio entre España e Irán y cuyo profético regreso anunciaría el fin del mundo? El EI defendía la segunda interpretación, pero permitía que la comunidad global de yihadistas interpretase la bandera y el «Estado» como quisiera.

Y así lo hicieron, adoptando muchos la bandera y promocionando el EI como el cumplimiento de una profecía mucho antes de que se declarase como tal. La causa del EI resultó ser tan convincente entre los yihadistas que, en 2014, la organización suplantó a su antigua matriz, al-Qaeda, en la dirección del movimiento yihadista global. La proliferación de la bandera, por tanto, marca la proliferación de una idea y describe un cambio de guardia muy importante en el movimiento yihadista global a

lo largo de los últimos nueve años. También representa una revolución en la forma en que los yihadistas piensan alcanzar el poder y aferrarse a él.

Aunque necesitó casi una década para desarrollarse, el EI estaba destinado a enfrentarse a al-Qaeda desde el principio. El líder de al-Qaeda, Osama bin Laden, y su segundo, Ayman al-Zawahiri, querían granjearse el apoyo popular de los musulmanes antes de declarar el califato. El EI quería imponer un califato independientemente de lo que pensarán las masas. La disputa que separó al padre del hijo existía desde la misma concepción del EI.

## Un chico problemático

En 1999, un exaltado tipo duro jordano convertido en yihadista, Abu Musab al-Zarqawi, llegó a Kandahar, Afganistán, para pedir audiencia a los líderes de al-Qaeda. El joven Zarqawi quería fomentar la revolución en el Creciente Fértil, la tierra que se extiende desde el Mediterráneo oriental hasta Irak. Zarqawi ya había estado en Afganistán, justo antes de la derrota de los soviéticos en 1989.<sup>3</sup> Demasiado tarde para luchar en la guerra, regresó a Jordania al cabo de poco tiempo, donde no triunfó como terrorista y estuvo entre rejas por ello. Ahora, fuera de la cárcel, Zarqawi había vuelto a Afganistán para conseguir dinero y nuevos miembros para su causa.<sup>4</sup>

El hombre de al-Qaeda en Kandahar, Saif al-Adel, no se puso en contacto con Zarqawi inmediatamente. Saif, antiguo coronel de las fuerzas armadas del ejército egipcio,<sup>5</sup> había aprendido a mirar y esperar. Hizo que siguieran a Zarqawi.<sup>6</sup>

Un espía de Saif informó de que Zarqawi discutía frecuentemente con otros yihadistas debido a sus opiniones radicales acerca de lo que debía considerarse un buen musulmán. A Zarqawi le disgustaba especialmente el chiismo, una de las dos principales ramas del islam. Siendo suní, no estaba de acuerdo con la doctrina chií, según la cual el yerno de Mahoma y algunos de sus descendientes varones eran infalibles y los únicos líderes po-

líticos y religiosos legítimos de la comunidad musulmana. Creía, asimismo, que el moderno Estado chií de Irán estaba confabulado con Occidente para oprimir a los suníes. Cuando, finalmente, Saif se reunió con Zarqai, se encontró con un hombre de pocas palabras que quería sinceramente devolver al islam suní a «la realidad de la vida humana». Sin embargo, Zarqai no tenía demasiadas ideas concretas sobre cómo llevarlo a cabo.

Saif transmitió sus impresiones sobre Zarqai a sus jefes de al-Qaeda. El líder de al-Qaeda, Bin Laden, era hijo de un rico constructor saudí, y su lugarteniente, Ayman al-Zawahiri, era un cirujano que había comandado un grupo terrorista egipcio antes de que parte de éste se fusionara con al-Qaeda. Ambos hombres supervisarían los ataques del 11 de septiembre, que se basaron en su creencia de que los infieles estadounidenses debían ser asesinados de forma arbitraria. Pero, por lo que respectaba a los musulmanes, Bin Laden y Zawahiri eran más prudentes. Creían que el apoyo de los musulmanes era crucial para expulsar a los estadounidenses de Oriente Próximo e implantar los Estados islámicos. No era conveniente granjearse enemigos en ambos bandos, especialmente por diferencias teológicas. Algunos han especulado incluso que la propia madre de Bin Laden se crio en una pequeña secta chií.<sup>7</sup> Lo que se necesitaba, más que unidad respecto a la mentalidad, era unidad respecto a la misión.

A pesar de sus recelos por las opiniones extremas de Zarqai, Saif recomendó a sus jefes que apoyasen al impetuoso jordano porque contaban con muy pocos aliados de ese país. Aceptaron, pero no invitaron a Zarqai a incorporarse a al-Qaeda; de todas formas, lo habría rechazado. En lugar de eso, se coordinaron y colaboraron con él «para servir a sus comunes objetivos».<sup>8</sup>

Saif y sus compañeros urdieron un plan para que Zarqai estableciera un campo de entrenamiento en Afganistán para atraer a yihadistas de Jordania, Palestina, Siria, Líbano y Turquía. Herat fue el lugar elegido por su cercanía a la frontera iraní, desde donde era fácil desplazar hombres y material. Con el tiempo, llegaron sirios, jordanos, palestinos, libaneses e iraquíes.



Zarqai también se puso en contacto con la organización kurda Ansar al-Islam, en el norte de Irak.<sup>9</sup>

A principios de 2001, Zarqai ya no era un yihadista neófito a ojos de Saif: había «empezado a pensar y a planear estratégicamente el futuro». Tras documentarse ampliamente sobre los acontecimientos mundiales y la historia islámica, quedó fascinado por la figura de Nur al-Din Zengi, el despiadado gobernante medieval cuyos dominios se extendían desde Alepo, en Siria, hasta Mosul, en Irak, y que había expulsado a los cruzados de Siria.<sup>10</sup>

No cabe duda de que Zarqai admiraba la ambición y la implacable eficiencia de Nur al-Din. Según una versión, Nur al-Din había sitiado una ciudadela cruzada en Siria. Los cruzados acabaron rindiéndose y hubo un acercamiento a Nur al-Din para discutir los términos de la capitulación. «No se avino a sus peticiones», dijo de manera eufemística un historiador medieval musulmán. Cuando llegaron los refuerzos de los cruzados para acabar con el sitio, se encontraron con que las murallas de la ciudadela «y las moradas de sus habitantes estaban totalmente en ruinas.»<sup>11</sup>

«[Zarqai] pedía constantemente cualquier libro disponible sobre Nur al-Din y su protegido Saladino», recordaba Saif, refiriéndose al gobernante de Egipto que batalló contra Ricardo Corazón de León en las cruzadas. «Creo que lo que leyó sobre Nur al-Din y su avance por Irak desde Mosul desempeñó un papel decisivo a la hora de influir en la decisión de Abu Musab [al-Zarqai] de dirigirse a Irak después de la caída del Emirato Islámico en Afganistán» en 2001.<sup>12</sup>

El «Emirato Islámico de Afganistán» había sido establecido en 1996 por los talibanes, suníes conservadores que llegaron al poder en el caótico período posterior a la retirada de los soviéticos del país en 1989. En el islam medieval, sin embargo, un «emirato» (*imara*), o el gobierno de una región, está subordinado al «estado» (*dawla*), el imperio gobernado por el califa. Pero, en ausencia del califa, hoy en día los yihadistas utilizan «estado» y «emirato» indistintamente al hablar del gobierno de un país que les gustaría crear.<sup>13</sup> El emirato talibán llevó el orden a Afga-

nistán al imponer estrictamente la ley islámica. También concedió refugio a grupos yihadistas de ideología parecida como al-Qaeda y la banda de Zarqawi.

Tras la caída de los talibanes, Zarqawi y Saif huyeron de Afganistán hacia Irán. Allí discutieron a dónde debía dirigirse el primero a continuación. Tras un «largo estudio y deliberación», escribió posteriormente Saif, el grupo de Zarqawi decidió reubicarse en Irak, donde su «aspecto» y «dialecto» les ayudarían a pasar desapercibidos. Zarqawi y Saif previeron que los estadounidenses «invadirían Irak más tarde o más temprano» para derrocar el régimen. «Para nosotros era necesario desempeñar un papel muy importante en la confrontación y la resistencia —recordaba Saif—. Es nuestra oportunidad histórica [...] de instaurar el Estado del islam, que desempeñaría el papel más importante en poner fin a la injusticia y traer la verdad a este mundo, si Dios quiere. Yo estaba de acuerdo con este análisis del hermano Abu Musab [al-Zarqawi].»<sup>14</sup>

Para Saif y presumiblemente para Zarqawi, el «Estado del islam era el propio califato».<sup>15</sup> Saif creía que «el Estado islámico del califato» se desarrollaría desde el emirato islámico talibán de Afganistán. Sin embargo, la invasión estadounidense de 2001 había acabado con ese sueño.<sup>16</sup> Irak era una segunda oportunidad.

En 2002 y principios de 2003, Zarqawi se dispuso a construir su red clandestina en Irak. Cuando los estadounidenses invadieron el país en marzo de 2003, las células de Zarqawi en Bagdad estaban listas para recibirlos. El propio Zarqawi llegó el 17 de junio.<sup>17</sup> A finales de agosto, su nuevo grupo, Monoteísmo y Yihad, había bombardeado la embajada jordana y el cuartel general de las Naciones Unidas en Bagdad, así como la mezquita del imán Alí, uno de los templos más sagrados del islam chií. La posterior marcha de la misión de la ONU y la creciente rabia de la mayoría chií de Irak marcaron el inicio de una sangrienta y sectaria guerra civil.

El grupo de Zarqawi no había llevado a cabo el ataque en solitario: recibió la ayuda de antiguos funcionarios de seguridad del gobierno de Sadam Hussein, víctimas de la purga de los fie-

les al partido de Sadam por parte de la administración Bush. Ellos, como otros suníes árabes privados de derechos, tenían miedo del aumento de la población chií del país, que había vivido bajo el yugo de Sadam y del gobierno suní durante décadas. Llegaba la hora de la verdad y los yihadistas y nacionalistas suníes estaban dispuestos a dejar de lado sus diferencias ideológicas por el momento para unirse contra un enemigo común: los estadounidenses y la mayoría chií que se levantó para beneficiarse de la ocupación.<sup>18</sup>

A Zarqawi le devoraba el odio hacia los chiíes. Para él, los chiíes no eran sólo quintacolumnistas que entregaban a los suníes a los estadounidenses. Eran servidores del Anticristo que aparecería al final de los tiempos para luchar contra los musulmanes. Los estadounidenses servían al mismo amo.<sup>19</sup>

El odio de Zarqawi a los chiíes le hizo perder de vista sus objetivos políticos a largo plazo. Cuando quiso entrar a formar parte de al-Qaeda en febrero de 2004, no mencionó un Estado islámico ni un plan para lograrlo. En cambio, explicó su estrategia para vencer a los suníes, derrotar al gobierno de transición y expulsar a los infieles de Irak: provocar a los chiíes. «Si somos capaces de atizarles un golpe doloroso tras otro hasta que entren en combate, seremos capaces de volver a barajar las cartas. Entonces, no quedará ningún valor ni influencia para el consejo de gobierno o ni siquiera para los estadounidenses, que iniciarán una nueva batalla con los chiíes. Eso es lo que queremos y, tanto si lo quieren como si no, muchas zonas suníes se pondrán de lado del muyahidín.»<sup>20</sup> (Muyahidín, o «quienes combaten en la yihad», es como se autodenominan los yihadistas.)

Zarqawi sabía que sería criticado por «precipitado e impetuoso», por llevar a la comunidad musulmana a una batalla para la que no está preparada, una batalla horrible en la que habría «derramamiento de sangre». Que así sea. «Eso es exactamente lo que queremos, ya que lo bueno y lo malo ya no tienen cabida en la situación actual. Los chiíes han destruido todos esos equilibrios.»<sup>21</sup>

Si los líderes de al-Qaeda aceptaban su estrategia, Zarqawi les ofrecía jurarles lealtad, uniendo su grupo al de ellos: «Si es-

táis de acuerdo con nosotros, si adoptáis este programa y este camino y estáis convencidos de la idea de luchar contra las sectas apóstatas, seremos vuestros dispuestos soldados, trabajando bajo vuestro estandarte, cumpliendo vuestras órdenes y, desde luego, jurándoos fidelidad en público y en los medios de comunicación, lo que desconcertará a los infieles y reconfortará a aquellos que predicán la unidad de Dios».<sup>22</sup>

Los líderes de al-Qaeda estaban recelosos. Bin Laden y Zawahiri querían obligar al ejército de Estados Unidos a abandonar y que dejase de apoyar a los autócratas locales. Su estrategia consistía en atacar a los estadounidenses y fomentar el resentimiento musulmán contra ellos. Conseguir el apoyo popular de los musulmanes era vital para su causa, pues el califato no podía establecerse sin él. Por el contrario, Zarqawi quería derrocar antes a los autócratas locales y eliminar a los «traidores» chiíes, de quienes pensaba que estaban colaborando con los estadounidenses para someter a los suníes. Su estrategia consistió en provocar una guerra civil sectaria. Para Zarqawi, el apoyo popular era mucho menos importante que para Bin Laden y Zawahiri. Podía lograr que naciera un califato independientemente de lo que dijeran sus súbditos.

A pesar de sus reservas, Bin Laden y Zawahiri aceptaron el juramento de fidelidad de Zarqawi e incorporaron su grupo Monoteísmo y Yihad al suyo en octubre de 2004. Al-Qaeda acababa de organizar una desastrosa campaña terrorista en Arabia Saudí y estaba desesperada por tener un papel importante en la creciente insurgencia suní de Irak.<sup>23</sup> Posiblemente, Zarqawi quería el apoyo de la red de financiación privada del Golfo, la capacidad operativa y el aparato de captación de al-Qaeda.<sup>24</sup> Así nació al-Qaeda en Irak.

Zarqawi estaba eufórico. «Nuestros nobles hermanos de al-Qaeda entienden la estrategia del grupo Monoteísmo y Yihad en la tierra de los dos ríos, la tierra de los califas —declaró en su promesa a los líderes de al-Qaeda—, y sus corazones están llenos de gozo por su método.» «Tal vez —escribió Zarqawi—, el grupo establecería el “califato según el método profético”.»<sup>25</sup> Como veremos más adelante, Zarqawi aludía a una profecía islá-

mica según la cual el califato regresaría poco antes del fin de los tiempos.

Aunque Bin Laden y Zawahiri compartían el deseo de Zarqawi de reinstaurar el califato, le aconsejaron que actuase poco a poco y se ganase el apoyo popular. En julio de 2005, Zawahiri escribió a Zarqawi instándole a establecer un «emirato» islámico únicamente después de que los yihadistas hubiesen expulsado a Estados Unidos de Irak. Entonces, los yihadistas deberían «desarrollar» y «consolidar» el emirato tanto como fuera posible en las zonas suníes de Irak, hasta que alcanzase «el nivel del califato». La misión de los yihadistas a partir de entonces sería proteger los dominios del califato y ampliar sus fronteras hasta el Día del Juicio.<sup>26</sup>

A pesar de animar a Zarqawi a establecer un emirato tras la retirada estadounidense, Zawahiri le advirtió de que no intentase llevarlo a cabo antes de asegurarse de contar con el apoyo de las masas suníes. Los «dos objetivos a corto plazo» de al-Qaeda, que consistían en expulsar a los estadounidenses y establecer un emirato islámico o califato en Irak, requerían «el apoyo popular de las masas musulmanas en Irak y en los países circundantes». «En caso de ausencia de este apoyo popular —predijo Zawahiri—, el movimiento islámico muyahidín sería aplastado en la sombra.»<sup>27</sup>

Zawahiri le aconsejó a Zarqawi que pasara por alto las herejías de los eruditos religiosos suníes, cuyo apoyo era necesario para al-Qaeda, y que cooperara con los líderes de la comunidad suní. Zarqawi debía, asimismo, dejar de retransmitir decapitaciones de rehenes. Puede que las decapitaciones entusiasmaran a «jóvenes fanáticos», le reprendió Zawahiri, pero a las masas de musulmanes «nunca les resultarán agradables». En general, los yihadistas «no deberían provocar preguntas en los corazones y en las mentes de la gente acerca de la bondad de nuestras acciones [...], nos encontramos en una batalla mediática en medio de una carrera para llegar a los corazones y a las mentes de nuestra comunidad [musulmana]».<sup>28</sup>

Zawahiri llegó incluso al extremo de cuestionar los ataques de Zarqawi a civiles chiíes: la piedra angular de la estrategia de

Zarqoui para provocar una guerra civil sectaria. «Mi opinión es que este tema no será aceptable para la población musulmana por mucho que hayas tratado de explicarlo, y la aversión en su contra continuará.» Además de poner en peligro el apoyo público, Zawahiri dudaba de la moral de esos ataques sectarios. «¿Por qué matar a chiíes corrientes teniendo en cuenta que hay que perdonarlos a causa de su ignorancia? ¿Y qué pérdidas sufriremos si no atacamos a los chiíes?»

Otro líder de al-Qaeda del círculo de Bin Laden, Atiyah Abd al-Rahman, fue categórico en una carta escrita a Zarqoui en diciembre de 2005. Haciéndose eco del teórico militar prusiano del siglo XIX Carl von Clausewitz, Atiyah le recordó a Zarqoui que «la política debe imponerse sobre el militarismo. Éste es uno de los pilares de la guerra en el que todas las naciones están de acuerdo, tanto si son musulmanas como infieles». Atiyah advertía de que, a menos que los «objetivos y éxitos a corto plazo» de los yihadistas sirviesen a su «fin último y a sus más elevadas aspiraciones», simplemente se extinguirían sin ninguna consecuencia.<sup>29</sup>

Atiyah le recordó a Zarqoui el destino de los yihadistas argelinos en la década de los noventa. Después de que los islamistas argelinos ganasen la primera vuelta de las elecciones al Parlamento en 1991, los militares anularon las votaciones. Algunos islamistas recurrieron a la violencia y, a medida que la guerra se alargaba, una facción yihadista empezó a asesinar a civiles. Los triunfos tácticos a corto plazo obtenidos por medio de la brutalidad no les dejaron ver hasta qué punto les habían alejado de las masas musulmanas. Como Atiyah le recordó a Zarqoui, «se destruyeron con sus propias manos, con su falta de razón, sus errores, su ignorancia hacia la gente, su alejamiento por causa de la opresión, su perversión y su dureza, acompañado todo ello de falta de bondad, de comprensión y de afabilidad». No fue el enemigo quien los derrotó, «se derrotaron ellos mismos».<sup>30</sup> Atiyah sabía de qué hablaba. En 1993, al-Qaeda había enviado al joven libio a Argelia para que actuase de enlace con los grupos yihadistas del país. En lugar de darle la bienvenida, el grupo lo apresó. Atiyah logró escapar meses más tarde, pero quedó traumati-

zado por la experiencia. «Creo que sigue teniendo pesadillas sobre aquello», explicó alguien que conocía su historia.<sup>31</sup>

Como Zawahiri, Atiyah le recordó a Zarqai el objetivo a largo plazo por el que estaba luchando, la instauración del califato: «Hermano mío —escribió Atiyah—, ¿de qué sirve que nos deleitemos en algunas operaciones y golpes exitosos si la repercusión inmediata es un fracaso en nuestro objetivo y una pérdida de justicia de nuestra causa y su lógica en las mentes de las masas que constituyen el pueblo de la nación musulmana?». «Necesitas a toda esa gente —observó Atiyah—, si quieres destruir un poder y un Estado y erigir sobre sus ruinas el Estado del islam.»<sup>32</sup>

«¿Qué te estoy ordenando que hagas? —preguntó retóricamente Atiyah—. Que pongas remedio a esa deficiencia.»<sup>33</sup>

Atiyah detalló lo que él y otros líderes de al-Qaeda esperaban de Zarqai. No debía tomar decisiones estratégicas importantes sin consultar antes con Bin Laden y Zawahiri. Y tenía que ganarse a los suníes influyentes en Irak y trabajar con ellos, incluso con los heterodoxos. Dejar de matarlos, «fuera como fuera».<sup>34</sup>

Atiyah también aconsejó a Zarqai que dejara de insistir a los rebeldes suníes para que se unieran a su organización y abandonasen otros grupos yihadistas: «Tanto si se unen a nuestra organización como si no, son nuestros hermanos».<sup>35</sup>

Zarqai acordó inicialmente con Zawahiri y Atiyah que expulsar a los americanos era la prioridad. «En primer lugar expulsaremos al enemigo —explicó en una entrevista—. Luego implantaremos el Estado del Islam.» Después de eso, los yihadistas se «embarcarían en la conquista de los territorios musulmanes para reclamarlos» y, a continuación, pondrían a los infieles en su punto de mira.<sup>36</sup>

Pero, en abril de 2006, Zarqai había cambiado de opinión. Cuando anunció un consejo consultivo compuesto por varios grupos yihadistas, incluido al-Qaeda, lo describió como el «núcleo para el establecimiento de un Estado islámico».<sup>37</sup> Ese Estado, proclamó, se establecería en tres meses.<sup>38</sup>

Después de que los estadounidenses mataran a Zarqai el 7 de junio de 2006, al-Qaeda en Irak llevó a cabo el último deseo

de su líder. En lugar de esperar a establecer el Estado islámico hasta que los estadounidenses se retirasen y las masas suníes respaldaran el proyecto, tal como querían Bin Laden y Zawahiri, el EI fue proclamado el 15 de octubre de 2006. Como veremos en el capítulo siguiente, la cronología del anuncio del EI se basaba en un programa apocalíptico. El grupo frontal de al-Qaeda que hizo el anuncio insistió en que los musulmanes de Irak prometiesen fidelidad a un tal Abu Umar al-Bagdadi y lo reconociesen como «comandante de los fieles». <sup>39</sup> Nadie había oído nunca hablar de él, ni siquiera otros yihadistas.

## Estado de confusión

El EI llamaba a su misterioso líder el «comandante de los fieles» para animar a los yihadistas a considerarlo como el califa sin decirlo explícitamente. <sup>40</sup> Históricamente, los musulmanes reservaban ese título a los antiguos califas islámicos, los jefes espirituales y terrenales de un vasto imperio. Abu Umar al-Bagdadi decía descender de la tribu del profeta, lo cual es considerado por muchos musulmanes un prerrequisito para ser califa, lo que daba a entender su derecho al título. Abu Umar afirmaba incluso descender de uno de los nietos del profeta, Husain, en un intento de agradar a aquellos que restringían el liderazgo del mundo musulmán a los descendientes de la familia de Mahoma, como habían hecho los califas medievales.

El nombre del EI era igualmente ambiguo. El grupo se había autodenominado Estado en lugar de emirato, siendo este último un término más habitual utilizado por los yihadistas para describir un pequeño territorio gobernado por un emir. La palabra «Estado» en árabe, *dawla*, puede significar tanto un Estado-nación moderno como evocar el recuerdo de califatos medievales como Dawla Abbasiyya, que comprendía Mesopotamia, el golfo Pérsico y el norte de África. El EI se aprovechó de esta ambigüedad para animar a sus seguidores con el fin de que lo vieran como un protocolifato, que se denominaría en ocasiones «el EI en Irak» en lugar de su nombre oficial de «EI de Irak». <sup>41</sup>



Aunque la mayoría de los miembros del EI en ese momento eran parte de al-Qaeda en Irak, el EI no hizo mención a al-Qaeda ni a los preexistentes juramentos de fidelidad de sus miembros a Bin Laden o al mulá Omar, jefe de los talibanes.<sup>42</sup> Sólo cuatro meses más tarde, Ayyub al-Masri (también conocido como Abu Hamza al-Muhajir), jefe de al-Qaeda en Irak después de Zarqawi y posteriormente fundador del EI, había proclamado su eterna fidelidad al mulá Omar como «comandante de los fieles» y a Bin Laden como jefe de al-Qaeda. «Nosotros [...] somos una flecha en tu carcaj. Disparáanos cuando desees porque no somos más que un soldado obediente.»<sup>43</sup>

Los seguidores de al-Qaeda en todo el mundo estaban confundidos. ¿El nuevo EI era parte de al-Qaeda o algo diferente? El crítico yihadista Akram Hijazi se quejó de que al-Qaeda no hubiera emitido una declaración oficial y no había muestras de coordinación oficial entre al-Qaeda y el EI. Bin Laden y Zawahiri habían hecho juramentos de fidelidad al mulá Omar como jefe de al-Qaeda en Irak. ¿Habían quedado ahora en nada esos juramentos? ¿Quién estaba al mando? ¿Por qué, se preguntaba Hijazi, el hasta entonces desconocido Abu Umar al-Bagdadi no había sido nombrado únicamente gobernador bajo la autoridad del comandante de los fieles, el mulá Omar?<sup>44</sup>

Otro yihadista comentarista de internet resumió la confusión reinante en los foros de debate privados en los que los yihadistas se reunían antes de la aparición de Twitter. «¿Cómo vamos a jurar fidelidad a Abu Umar al-Bagdadi si hemos jurado fidelidad al mulá Omar? ¿Qué hacemos con el juramento de fidelidad a shaykh Osama si queremos jurar fidelidad a shaykh Abu Umar?»<sup>45</sup>

Lo cierto era que a Bin Laden y a Zawahiri les había cogido por sorpresa. «La decisión de anunciar el Estado se tomó sin consultar a la dirección de al-Qaeda», reconoció el portavoz estadounidense de al-Qaeda Adam Gadahn en una carta privada. En su opinión, el anuncio no autorizado «provocó divisiones en las filas de los muyahidines y sus seguidores dentro y fuera de Irak».<sup>46</sup> Zawahiri recordaría más adelante que «al mando general de [al-Qaeda] y a su emir shaykh Osama bin Laden (Dios lo

bendiga) no se les pidió permiso, no se les consultó y ni siquiera se les avisó antes del anuncio del establecimiento del EI de Irak». <sup>47</sup>

Entre bastidores, el EI trataba de reparar la grieta con Bin Laden y Zawahiri. El antiguo jefe de al-Qaeda en Irak y el verdadero líder del nuevo EI, Abu Ayyub al-Masri, aseguró a sus jefes que el «comandante de los fieles», Abu Umar al-Bagdadi, había jurado fidelidad a Bin Laden ante los hermanos yihadistas en Irak. No lo anunciaron públicamente «debido a ciertas consideraciones que apreciaron en Irak en aquel momento». <sup>48</sup>

Masri estaba tratando de preservar los vínculos del EI con al-Qaeda al mismo tiempo que animaba al público a considerarlo una entidad separada. Quería que el mundo viera su grupo como un Estado y no como una franquicia terrorista. De nuevo, la ambigüedad fue decisiva en la primera propaganda del EI.

Masri utilizó la misma estrategia en sus declaraciones públicas. Un mes después de la fundación del EI, Masri la calificó como un paso importante en el «programa del califato islámico». En la misma declaración, Masri juró fidelidad al oscuro «comandante de los fieles», Abu Umar al-Bagdadi, anunció la disolución de al-Qaeda y destinó todos sus guerreros al EI de Irak. «Todos ellos han jurado fidelidad hasta la muerte al camino de Dios —aseguró Masri al comandante de los fieles—. Únicamente nos encontrarás escuchando lo que dices y obedeciendo lo que ordenes.» <sup>49</sup>

Durante los cinco meses siguientes, Abu Umar al-Bagdadi y el EI insistieron en el mismo punto: Al-Qaeda en Irak ya no existía. «Al-Qaeda no es más que uno de los grupos del EI», declaró Abu Umar en diciembre de 2006. <sup>50</sup> «Es más correcto decir —indicó el ministro de Medios de Comunicación del EI— que los hermanos anteriormente en la organización de al-Qaeda en Irak entraron a formar parte del “ejército del Estado”, que incluye decenas de batallones y miles de soldados de los restantes grupos yihadistas que juraron fidelidad al comandante de los fieles tras el anuncio del Estado.» <sup>51</sup> El 19 de abril de 2007, un portavoz del EI anunció que Masri era ahora el ministro de la Guerra del primer gabinete del Estado. <sup>52</sup>

A los líderes de al-Qaeda no sólo les indignaba que el EI hubiera cuestionado la autoridad de Bin Laden al no buscar su aprobación, también estaban convencidos de que se había auto-proclamado demasiado pronto. En la primavera de 2007, un veterano líder de al-Qaeda, Abu al-Walid al-Ansari, hizo una serie de preguntas incisivas del grupo. ¿Por qué se había declarado el Estado entonces y no más tarde? ¿Había seguido el nombramiento del comandante de los fieles las normas islámicas? ¿Por qué el EI había anunciado que cualquiera que se opusiera a él era un pecador? Ansari le recordó al EI que necesitaba un amplio apoyo del pueblo al que aspiraba gobernar y el consentimiento de sus líderes si quería sobrevivir. Al autoproclamarse prematuramente, el EI había asumido las cargas de gobernar y la invitación a la intervención extranjera, cosas que podían resultar letales para la incipiente empresa.<sup>53</sup>

Otros yihadistas fueron aún más incisivos en sus críticas. El erudito kuwaití Hamid al-Ali argumentó que un auténtico Estado islámico debería ser capaz de imponer su autoridad sobre sus gobernados. El EI no cumplía esa norma, y tampoco consiguió cumplir los requisitos islámicos clásicos para establecer un gobierno islámico, al menos según al-Ali. «En el islam no se reconoce el juramento de fidelidad a un líder desconocido y oculto carente de autoridad [...] [o] de un Estado establecido», capaz de imponer la ley islámica, escribió al-Ali. El mulá Omar pudo proclamar un Estado en Afganistán en la década de los noventa porque ya lo gobernaba en aquella época; Abu Umar al-Bagdadi no gobernaba nada. Declarar un Estado en Irak bajo excusas falsas, como acusaba al-Ali, había dividido el movimiento yihadista en Irak, que debía estar unido bajo el estandarte de la yihad en lugar de bajo el de un único grupo.<sup>54</sup>

Los líderes de al-Qaeda en Pakistán agacharon la cabeza, avergonzados y temerosos, cuando su niño problemático se tambaleó en los primeros meses. Atiyah Abd al-Rahman, jefe de personal de Bin Laden, que había enviado en 2005 la carta en la que reprendía a Zarqawi, expresó a un confidente su preocupación «por el hecho de que los hermanos cometieran pifias políticas». «Seguro que has oído el reciente sermón de Abu Umar

—escribió refiriéndose al teórico jefe del EI, Abu Umar al-Bagdadí—. En mi opinión, estaba plagado de errores evidentes. Había en él cosas que un comandante nunca debería decir.» El discurso daba la impresión de que eran «extremistas y dio vida a la idea de que están ensimismados y son demasiado precipitados». A Atiyah le preocupaba que, de seguir así, «se corromperían y [...] perderían a la gente», lo que le permitiría al enemigo poner a la población en su contra. «Ningún enemigo me asusta, lo juro, sea quien sea, o por muy intimidante que sea [...]. Pero lo que sí me preocupa son los errores, el mal comportamiento y, en ocasiones, la falta de sabiduría tanto nuestras como de nuestros hermanos.»<sup>55</sup> Recordando la carta que había escrito a Zarqawi, Atiyah admitió que él mismo había reprendido a los líderes del EI: «Fui un poco duro con ellos».<sup>56</sup>

A pesar de las dudas privadas de al-Qaeda, sus líderes presentaron un frente unido en público y respaldaron el establecimiento del Estado.<sup>57</sup> Probablemente, querían tener una mano en el juego de Irak y evitar más disensiones en sus filas. «Quiero aclarar que no hay nada en Irak llamado al-Qaeda —dijo Zawahiri en una sesión de preguntas y respuestas de diciembre de 2007—. Por el contrario, la organización de [al-Qaeda en Irak] se fusionó, por la gracia de Dios, con otros grupos yihadistas en el EI de Irak, al que Dios proteja. Es un emirato legítimo fundado en un método legítimo y seguro. Se estableció mediante consulta y obtuvo el juramento de fidelidad de la mayoría de los muyahidines y las tribus de Irak.»<sup>58</sup>

Puede que la filial de al-Qaeda en Irak se hubiese convertido en parte del EI y que el EI se hubiera unido privadamente a al-Qaeda, pero el público no conocería la naturaleza de la relación entre los dos grupos durante años. El propio EI nunca abordó el tema públicamente, recurriendo de nuevo a la ambigüedad para dar a entender que tenía más poder y autonomía de los que gozaba en realidad. El ambiguo descaro del EI cautivaría la imaginación yihadista y devendría decisivo en su posterior ascenso al poder. Nada representaba mejor la estrategia propagandística que la bandera del Estado Islámico.

## La bandera negra

Cuando el EI se anunció por primera vez el 15 de octubre de 2006, no tenía una bandera propia.<sup>59</sup> No fue hasta enero de 2007 que el aparato de distribución de los medios de comunicación de al-Qaeda, al-Fajr, presentó una imagen de la nueva bandera del EI. Autores anónimos asociados con el EI explicaron su diseño.<sup>60</sup>

Como era de esperar, el EI había recurrido al ejemplo del profeta en busca de inspiración, citando pasajes de las escrituras islámicas y relatos históricos. «La bandera del profeta, al que Dios colme de paz y bendiciones, es un recuadro de lana rayada», según una versión. Otra describe a Mahoma «de pie en el púlpito predicando», rodeado de «banderas negras ondeando». En la bandera del profeta estaba escrito: «No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta». La bandera tenía incluso un nombre: «el águila».<sup>61</sup>

Aunque los autores reconocían otros informes de banderas verdes, blancas y amarillas, concluyeron que la bandera del EI sería negra porque la mayoría de los relatos sobre Mahoma mencionan una bandera negra. «El comandante de los fieles [Abu Umar al-Bagdadi] emitió este decreto, asesorado por personas expertas, estableciendo que la bandera del EI es negra.» Los Estados estaban igualmente seguros al explicar el texto de la bandera, que corresponde a la profesión de fe musulmana.

«Lo que está escrito en la bandera es lo que está escrito en la bandera del Mensajero de Dios, al que Dios colme de paz y bendiciones: “No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta”.»<sup>62</sup>

El diseño de la profesión de fe musulmana del EI es única, diferente de todos los otros intentos de replicar la bandera del profeta: «No hay más Dios que Alá» está escrito en blanco en la parte superior y «Mahoma es su profeta» está colocado en negro dentro de un círculo blanco. Como señalaron los autores, tomaron el diseño circular de un sello del profeta utilizado en cartas supuestamente escritas en su nombre y recogidas en el palacio de Topkapi, en Turquía. El diseño del sello, sostenían los autores, concuerda con los relatos históricos sobre el aspecto del pro-

feta. Poco importa que los estudiosos modernos duden de la autenticidad de las cartas.<sup>63</sup> Se supone que tenemos que creer que el EI ha heredado el sello del profeta, como hicieron los antiguos califas.<sup>64</sup>

¿Por qué hacer una bandera? Además de seguir el ejemplo del profeta, el EI quería un símbolo para arrastrar a la gente a su causa. El Estado citó a un historiador y funcionario otomano del siglo XIX, Ahmed Cevdet Pasha, para defender su argumentación: «El secreto de crear una bandera es que agrupa a la gente bajo un único estandarte para unificarla, lo que significa que esa bandera en un símbolo de la unión de sus pueblos y una prueba de la unidad de sus corazones. Son como un único cuerpo y lo que los une es más fuerte que el vínculo de los parientes de sangre».<sup>65</sup>

Como todos los intentos fundamentalistas de reavivar los primeros tiempos de su fe, los líderes del EI tuvieron que elegir entre escrituras e historias opuestas del pasado de su religión para pintar un retrato de aquello a lo que aspiraban en el presente y el futuro. Sus elecciones muestran los sesgos culturales y las sensibilidades modernas que tanto tratan de desterrar. Seleccionaron un negro absoluto para la bandera, en lugar de verde, amarillo o blanco; el color se ajusta a su mentalidad maniquea, que no permite zonas grises entre el bien y el mal, creyentes y no creyentes. El grafismo blanco en la parte superior, «No hay más Dios que Alá», es deliberadamente irregular, con el fin de indicar una época anterior a la precisión del Photoshop, a pesar de que la bandera fue diseñada por ordenador.

Incluso la cita del EI de Ahmed Cevdet Pasha revela inconscientemente sensibilidades modernas. Influidos por las ideas nacionalistas europeas pero, a pesar de todo, deseando la unión del Imperio otomano bajo un gobierno turco soberano, Cevdet Pasha imaginó que el islam y sus símbolos constituirían el pegamento que lo uniría. El sentimiento es la base de su visión utilitarista de la religión. «Lo único que une a los árabes, los kurdos, los albanos y los bosnios es la unidad del islam. Con todo, la verdadera fuerza del Estado Sublime reside en los turcos.»<sup>66</sup> A pesar de sus intentos de recrear la época utópica imaginaria del

profeta, las personas que diseñaron la bandera del EI seguían siendo cautivos de su tiempo. La búsqueda de la autenticidad es una empresa muy moderna.

Como con su bandera, el EI se organizó y se describió involuntariamente de manera moderna. Un yihadista crítico se quejó de que emplease palabras modernas para describir su administración: «[Las palabras] en las expresiones “portavoz del EI de Irak” y “ministro de Educación” se encuentran en la historia árabe e islámica, pero su forma es más próxima a la realidad de hoy que cualquier realidad islámica». El mismo crítico se quejó de que limitar el Estado a Irak era algo demasiado próximo a la idea moderna de Estado.<sup>67</sup> El Estado califal original había sido un amplio imperio con fronteras en constante expansión, no un Estado adyacente a una nación concreta como el moderno Estado-nación.

A pesar de su ambigüedad, el EI estaba dejando indicios de que aspiraba a ser más que un Estado-nación moderno. Su bandera llevaba el sello del profeta, un signo de autoridad heredado por los califas. Como veremos, el color de la bandera evocaba también un poderoso califato antiguo. Pero había algo más. El EI finalizaba su explicación del diseño de la bandera con una oración: «Pedimos a Dios, alabado sea, que haga de esta bandera la bandera de todos los musulmanes. Estamos seguros de que será la bandera del pueblo de Irak cuando vayan a ayudar [...] al Mahdi en la sagrada casa de Dios». La casa de Dios es la Kaaba en La Meca, el santuario más sagrado del islam, y el Mahdi es el salvador musulmán que se aparecerá allí en los años previos al apocalipsis. El EI estaba indicando que su bandera no era el único símbolo de su gobierno en Irak y el heraldo de un futuro califato; era la precursora de la batalla final del fin de los tiempos.<sup>68</sup>

## **El bien guiado**

Las leyendas de la bandera negra y del salvador musulmán, el Mahdi, circularon por primera vez durante el reinado de la di-

nastía Omeya, que gobernó el Imperio islámico desde la antigua ciudad de Damasco en los siglos VII y VIII d. C. Los fundadores de la dinastía, el clan Omeya, le habían arrebatado el califato al yerno y a los nietos de Mahoma, lo que enfureció a muchos musulmanes. El padre del fundador de la dinastía, Muawiya, había perseguido a Mahoma y a sus primeros seguidores antes de convertirse. La madre del fundador había llegado incluso a comer el hígado del tío de Mahoma.

La gente descontenta con el gobierno Omeya y la forma en que habían tomado el poder hizo circular profecías de un hombre miembro de la familia del profeta que devolvería la justicia al mundo. A ese hombre lo llamaron el Mahdi, término árabe que significa «el bien guiado». Muchas de las profecías hacían referencia a que el Mahdi aparecería al final de los tiempos para dirigir la batalla final contra los infieles. Es la versión islámica de la batalla cristiana de Armagedón: el fin del mundo y el juicio final son inminentes.

Para darles más peso, las profecías a menudo se atribuían a Mahoma. «El nombre [del Mahdi] será mi nombre y el nombre de su padre el nombre de mi padre», decía una. «Es un hombre de mi familia», decía otra.<sup>69</sup>

Como la mayoría de las profecías islámicas sobre el fin de los tiempos, las del Mahdi no se encuentran en el principal libro sagrado del islam, el Corán, que, según los musulmanes, contiene las revelaciones de Dios a Mahoma.<sup>70</sup> Por el contrario, las profecías se encuentran en voluminosos compendios conocidos como *ahadith* sobre las palabras y los hechos del profeta y sus compañeros. Dado que los *ahadith* fueron escritos décadas o incluso siglos después de la muerte del profeta, a menudo reflejaban acontecimientos políticos, sociales y teológicos posteriores, en lugar de lo que había sucedido realmente. Los musulmanes discuten acerca de la veracidad de *ahadith* concretos y las contradicciones entre ellos del mismo modo que algunos cristianos debaten acerca de la fiabilidad de los evangelios y sus discrepancias.

Las profecías sobre el fin de los tiempos eran un objetivo especialmente tentador para los fabuladores. En las guerras internas que destrozaron la antigua comunidad musulmana, cada



bando trataba de justificar su política prediciendo su inevitable victoria y la derrota predestinada del otro. ¿Qué mejor forma de hacerlo que poniendo la profecía en boca del profeta? Las profecías proliferaron, y llegaron a ser miles. Cuando la política se evaporó, el residuo profético permaneció. A lo largo de los siglos, nuevas políticas dieron un nuevo significado a los residuos, un fenómeno familiar para los lectores del Libro de las Revelaciones cristiano durante casi dos milenios.

Durante años, las profecías del Mahdi han inspirado a muchos aspirantes. ¿Cómo podían resistir? Tanto si el aspirante era sincero como si no, reivindicar el poder espiritual y político del Mahdi era un importante campo de reclutamiento. Imagínate a Jesús y a George Washington unidos.

«La gente corriente, la masa estúpida que hace reclamaciones respecto al Mahdi —escribió el historiador medieval musulmán Ibn Jaldún—, asume que el Mahdi puede aparecer en una gran variedad de circunstancias y lugares.» Como las masas son crédulas, observó, los líderes se envuelven en el manto del salvador para movilizarlas.<sup>71</sup>

Los mesías militantes no son exclusivos del islam. Tanto en la Edad Media como en el mundo moderno, los grupos que tratan de derrocar el orden social y político utilizan, a menudo, lenguaje apocalíptico. El «mesías» judío Bar Kokhba encabezó una insurgencia contra los romanos, que, según consta, fue reprimida brutalmente por el emperador Adriano con la matanza de cientos de miles de insurgentes, la profanación de lugares sagrados y la expulsión de los judíos de Jerusalén.<sup>72</sup> Los 100.000 guerreros europeos extranjeros que llegaron en masa a Palestina bajo el estandarte de la Primera Cruzada creían que se estaban anticipando al final de los tiempos.<sup>73</sup> En la época moderna, algunos miembros del grupo de colonos israelíes Gush Emunim trataron de advertir de la llegada del mesías, que destruiría la Cúpula de la Roca, uno de los enclaves más sagrados del islam.<sup>74</sup> El megalómano «salvador» cristiano Joseph Kony sigue escondido en la República Centrafricana, liderando a niños soldado en su Ejército de Resistencia del Señor.<sup>75</sup>

Las dos sectas principales del islam, los suníes y los chiíes,

tuvieron numerosos aspirantes mesiánicos en la Edad Media, algunos de los cuales establecieron califatos. Esos aspirantes reivindicaban el título de Mahdi. «Soy el Mahdi del fin de los tiempos», proclamó el suní fundador del califato almohade en España y el norte de África.<sup>76</sup> El chií fundador del califato fatimí en Egipto reivindicó lo mismo para sí y, posteriormente, para su hijo.<sup>77</sup> Los musulmanes que se oponían a ellos eran apóstatas que merecían la muerte como consecuencia de haber desafiado al elegido de Dios.<sup>78</sup>

En realidad, el primer Mahdi no reivindicó el título. En el año 685 d. C., poco más de cincuenta años antes de la muerte de Mahoma, un hombre llamado al-Mukhtar encabezó una rebelión contra los omeyas en Irak en nombre del Mahdi, al que identificó como nieto de Mahoma. Al-Mukhtar afirmaba ser el visir del Mahdi. Además de liderar una rebelión, es recordado también por profetizar en verso y desfilar con un arca de la Alianza por Kufa, Irak. Muchos de los que apoyaban su causa eran no árabes o judíos conversos al islam, a los que les fastidiaba ser tratados como ciudadanos de segunda en el gobierno dominado por los árabes.<sup>79</sup> «Decían que sólo tres cosas pueden interrumpir la oración», explica un antiguo historiador hispano-árabe: un burro, un perro y un no árabe convertido al islam.<sup>80</sup>

El descontento no hizo más que reforzar el sentimiento de derecho de los omeyas y avivar su resentimiento hacia los nuevos conversos que apoyaban a la familia del profeta. De no haber sido por nosotros, se quejó un antiguo califa omeya, todo el mundo musulmán estaría sometido a no árabes congregados en torno a la familia del profeta. Se han vuelto arrogantes, se cuenta que escribió a su gobernador en Irak, y hay que ponerlos en su sitio.<sup>81</sup>

Los seguidores de la familia del profeta se alinearon sin mucha rigidez en lo que los historiadores denominan movimiento hachemita, que creía que el Mahdi sería un descendiente del bisabuelo de Mahoma, Hashim. Muchos de los miembros del movimiento procedían de Irán, donde las leyendas zoroastrianas profetizaban la llegada de un salvador blandiendo una porra

que aparecería al final de los tiempos, seguido de discípulos con sables. Influidos por las profecías, los seguidores hachemitas vestían ropas negras, hacían ondear banderas negras y llevaban porras de madera llamadas «aporreadoras de infieles».<sup>82</sup>

Los iraníes y los descendientes de los conquistadores árabes de Irán se sentían muy distanciados del clan Omeya que gobernaba desde Damasco. «¡Esas tierras pertenecieron a nuestros padres fundadores!», protestó un comandante árabe rebelde que se había criado en Irán. Los antiguos califas árabes habían gobernado Irán con justicia, recordó, y «ayudado a los oprimidos». Pero los omeyas habían logrado que los píos temieran a la familia del profeta, de modo que tanto los árabes como los iraníes tuvieron que levantarse contra ellos para restablecer el gobierno de la progenie de Mahoma.<sup>83</sup>

Mientras conseguían apoyos para su causa, los revolucionarios hicieron circular profecías de soldados que luchaban bajo banderas negras que habían llegado de Oriente para derrocar a los omeyas. Algunas fueron puestas en boca del yerno de Mahoma, Alí, que, supuestamente, predijo la llegada de un ejército de Jorasán, de la «tierra del sol naciente» que incluye partes del actual Irán y la mayor parte de Afganistán. «Los compañeros de las banderas negras que llegarán desde Jorasán no son árabes. Se harán con el poder de los omeyas y los matarán bajo cada roca y cada estrella.»<sup>84</sup> Otras profecías de la bandera negra se atribuyeron al propio profeta. «Los abanderados negros vendrán del este, liderados por hombres como camellos poderosos, con pelo largo y barba larga; sus apellidos proceden de los nombres de sus ciudades natales y sus nombres propios de kunyas» o «tecnónimos» bajo la forma de Abu tal y tal.<sup>85</sup> «Si ves las banderas negras que llegan de Jurasán —indica otro—, ve inmediatamente hacia ellas aunque tengas que arrastrarte sobre el hielo porque entre ellas se encuentra el califa, al-Mahdi.»<sup>86</sup>

En el antiguo islam, el color negro no sólo se asociaba al luto, sino también a la venganza por una muerte injusta. El poeta preislámico Imru al-Qays vistió de negro cuando salió a negociar con la tribu que había asesinado a su padre. Cuando los paganos árabes derrotaron al ejército de Mahoma en Uhud, sus

seguidores tiñeron sus ropas de negro para expresar su deseo de vengar la derrota.<sup>87</sup> Según el historiador Ibn Jaldún, los adversarios de los omeyas adoptaron el negro como color de la venganza de la persecución de la familia del profeta por parte de los omeyas. «Sus banderas eran negras como signo de luto por los mártires de su familia, los hachemitas, y signo de reprobación contra los omeyas que los habían matado.»<sup>88</sup>

También se enarbolaron banderas por el profeta en su guerra contra los infieles.<sup>89</sup> «No huyas con [la bandera] de los infieles y no luches con ella contra los musulmanes», se cuenta que Mahoma le dijo a uno de sus generales.<sup>90</sup>

Cuando los musulmanes izaron la bandera negra contra los califas omeyas, estos entendieron la doble amenaza implícita: venganza de la familia del profeta contra los «infieles» gobernantes musulmanes que los habían usurpado.<sup>91</sup>

Las semillas de la propaganda antiomeya habían sido sembradas por una red secreta de revolucionarios, liderada por un sombrío imán, o líder espiritual, que descendía del tío del profeta Abbas, que esperaba utilizar el movimiento hachemita para hacerse con el poder. Su agente, Abu Muslim, dirigió la propaganda y, posteriormente, encabezó la revuelta armada. Su agitación revolucionaria en nombre de la familia abasí llegó a su cénit en el año islámico de 129 (746-747 d. C.), cuando el imán envió una «bandera de la victoria» negra a Abu Muslim en Irán. La bandera llegó con un mensaje: «Ha llegado la hora». Abu Muslim desplegó la bandera, denominada «la sombra», en un asta de unos seis metros de altura y proclamó públicamente la llamada a la revolución abasí el 9 de junio del 747, el vigésimo quinto día del ramadán, el mes musulmán de ayuno. Tras izar una segunda bandera, «las nubes», Abu Muslim y sus compañeros vestían ropajes negros. «Mientras las nubes cubran la tierra, predicarán los abasíes —se dijo a la gente—. Y como la tierra no está nunca sin sombras, nunca faltará un califa abasí hasta el fin de los tiempos.»<sup>92</sup>

Luchando bajo la bandera negra, los ejércitos de Abu Muslim se desplegaron hacia el oeste por Siria e Irak. Derrocaron al califa omeya y juraron fidelidad a uno nuevo, al-Saffah, herma-

no del imán abasí, que había sido ejecutado. El califa se auto-proclamó Mahdi de la comunidad musulmana, que supuestamente llenaría el mundo de justicia e inauguraría la «sagrada revolución», *dawla mubaraká*, de la que el nuevo imperio tomó su nombre, Dawla Abbasiyya.<sup>93</sup> Fue gracias a los abasíes que *dawla* pasó a significar «Estado».<sup>94</sup>

Existen paralelismos sorprendentes entre la revolución abasí y la revolución del EI. Comparten nombre (*dawla*), símbolos y colores, propaganda apocalíptica, redes clandestinas e insurgencia en Siria e Irak. Asimismo, reivindican el derecho a gobernar como descendientes del profeta. Los abasíes habían presentado un programa sobre cómo derrocar a un gobernante musulmán, instaurar un nuevo califato y justificar ambas cosas. El apocalipsis, el califato y la revolución eran inseparables, igual que lo son para el EI.

Los mensajes apocalípticos resuenan hoy en día entre muchos musulmanes debido a la agitación política en Oriente Próximo. En 2012, la mitad de los musulmanes del norte de África, Oriente Próximo y Asia del Sur esperaban la inminente aparición del Mahdi.<sup>95</sup> ¿Y por qué no habrían de hacerlo, teniendo en cuenta las revoluciones que azotaban el mundo árabe? Las señales que auguran su llegada no han hecho más que multiplicarse desde entonces. Una gran guerra sectaria hace añicos Siria. Irak está sumido en el caos. El Occidente «infel» ha invadido. Las «tribulaciones» (*fitan*) son demasiado terribles y evidentes para admitir explicaciones mundanas.

A pesar del valor de la propaganda de los mensajes apocalípticos, los líderes de al-Qaeda eran reacios a utilizarlos. Desde luego, al-Qaeda celebró conferencias de prensa en «Jorasán», parte del cual se encuentra en Afganistán, acompañada de una versión diferente de la bandera negra. El nombre de la revista de al-Qaeda, *Vanguards of Khorasan*, evoca las mismas profecías, y su medio de comunicación se llama al-Sahab, o «las Nubes», aludiendo tal vez a la bandera abasí.

Pero todos esos ejemplos no hacen más que insinuar el apocalipsis. Los líderes de al-Qaeda, raramente se referían en su propaganda a las profecías islámicas del fin de los tiempos y

nunca sugirieron que el Mahdi estuviera a la vuelta de la esquina. Como señala un experto en el apocalipticismo moderno, «a juzgar por su correspondencia interna, al-Qaeda fue durante muchos años impermeable a la tentación apocalíptica».<sup>96</sup>

El desdén de Bin Laden y Zawahiri por el apocalipticismo refleja su generación y su clase. Hasta la guerra de Irak, el apocalipticismo no era popular entre los suníes modernos, que menospreciaban a los chiíes por el hecho de estar obsesionados por el retorno del Mahdi. Los libros suníes sobre el apocalipsis fueron fracasos comerciales.<sup>97</sup>

Bin Laden y Zawahiri se criaron en familias de la élite suní, que desdeñaban las especulaciones mesiánicas como impropias, un insensato pasatiempo para las masas. Su actitud se plasma en un artículo distribuido por un equipo propagandístico de al-Qaeda que insta a los musulmanes a no especular acerca de quién es el Mahdi o cuándo aparecerá: «Mucha gente cree que el Estado del Islam no se instaurará hasta la llegada del Mahdi. Desatienden su deber de pasar a la acción, alzando en cambio sus manos hacia Dios para rogar que acelere su llegada».<sup>98</sup>

Bin Laden tenía otra razón más personal para que le desagrada el mesianismo. En 1979, el año en que se licenció en la universidad en Arabia Saudí, un grupo de radicales suníes tomó la Gran Mezquita de La Meca. La mezquita contiene el santuario más sagrado del islam, la Kaaba, lugar en el que los radicales estaban para consagrar como Mahdi a uno de sus miembros. Soldados de élite saudíes acabaron con el sitio de tres semanas con la ayuda de gases lacrimógenos y fuerzas especiales francesas; el Mahdi fue uno de los muertos.<sup>99</sup> La humillante derrota se convirtió en una historia aleccionadora entre los yihadistas: es demasiado arriesgado afirmar el cumplimiento de una profecía y acabar fallando.

Aunque los líderes de al-Qaeda quitaban importancia al apocalipsis, algunos de sus seguidores lo apoyaban. Miembros del grupo citaron las profecías de la bandera negra al ser interrogados por miembros del FBI. «Si ves las banderas que vienen de Jorasán, únete al ejército», recitó Abu Jandal, un antiguo guardaespaldas de Bin Laden al agente del FBI Ali Soufan. Sou-

fan recuerda a otro socio de Bin Laden, Ali al-Bahlul, citando la profecía durante su interrogatorio en Guantánamo como prueba de que al-Qaeda estaba combatiendo en las últimas batallas del Armagedón.<sup>100</sup>

Miembros veteranos de al-Qaeda citaban también profecías islámicas. «Los ejércitos islámicos tienen que congregarse, confiar en Dios y apoyar su religión y a sus hermanos en Jerusalén», escribió Fadil Harun, el hombre de Bin Laden en Somalia. El «esperado Mahdi» aparecería y encabezaría «una batalla ideológica que se prolongaría hasta la hora final mientras una pulgada de terreno en Tierra Santa esté bajo el control de los enemigos».<sup>101</sup>

Tal vez el apocalíptico más prolífico en la órbita de al-Qaeda fuera Abu Musab al-Suri, un yihadista sirio que dedicó más de cien páginas al fin del mundo en su gigantesco tomo sobre estrategia terrorista escrito en 2004. A pesar de que el libro gozó de una inmensa popularidad entre los yihadistas por sus aportaciones estratégicas, muchos miraron con recelo su gusto por las profecías.<sup>102</sup> Suri citaba el *Libro de las tribulaciones* medieval escrito por Nuaym bin Hammad, que contiene profecías que muchos musulmanes consideran falaces. Sin embargo, Suri leyó también en líneas generales las profecías canónicas y concluyó que los yihadistas debían reorientar su lucha hacia el Creciente Fértil, que es donde muchas profecías sitúan las batallas finales del Apocalipsis, como veremos en el capítulo 5.<sup>103</sup>

Dado el auge del mesianismo en Oriente Próximo y el precedente histórico de los abasíes, tiene sentido que el EI apelase a la profecía para justificar su causa. Pero ¿creían realmente los líderes del EI lo que estaban diciendo, o estaban envolviendo cínicamente su ambición en un manto mesiánico? Y, si eran sinceros, ¿cómo podían compaginar los imperativos urgentes del apocalipsis con el cuidado paciente necesario para dirigir un Estado?